José Maria Eça de Queiroz

El primo Basilio
Episodio doméstico

Traducción de Rafael Morales

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *O primo Besilio*

Primera edición: 2004
Segunda edición: 2015

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Giraud
Imagen: © Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Rafael Morales Casas, 2004
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-9616-4
Depósito legal: M. 26.991-2014
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Capítulo 1

Acababan de dar las once en el reloj de cuco del comedor. Jorge cerró el volumen de Luis Figuier que había estado hojeando tranquilamente, sentado en el ancho sillón de cuero oscuro, se desperezó, bostezó y dijo:

–¿No vas a vestirte, Luisa?

–En seguida.

Estaba sentada a la mesa, leyendo el *Diário de Notícias,* con su bata negra, bordada y con grandes botones de nácar. Su cabello rubio, un poco revuelto, seco por el calor de la almohada, se enroscaba trenzado en lo alto de la pequeña cabeza de bonito perfil; su piel tenía la blancura, tierna y láctea, de las rubias; con el codo apoyado en la mesa, se acariciaba la oreja y, según movía lenta y delicadamente los dedos, dos anillos de diminutos rubíes dejaban escapar rojos destellos.

Habían terminado el almuerzo de las once.

El comedor, esterado, era alegre con su techo de madera pintado de blanco y el papel claro con ramajes verdes que recubría las paredes.

Era un domingo de julio y hacía bastante calor. Los dos balcones estaban cerrados, pero se podía apreciar que, fuera, el sol centelleaba en los cristales y abrasaba las piedras de la terraza; había un silencio recogido y soñoliento de mañana de misa; una dulce pereza ablandaba, provocaba deseos de siestas o de acogedoras sombras bajo los árboles, en pleno campo, junto al agua; en sus

jaulas, entre las cortinas de cretona azul, los dos canarios dormían; el monótono zumbido de las moscas cruzaba por encima de la mesa, se aquietaba en el fondo de las tazas sobre el azúcar mal disuelto, llenaba todo el comedor de un rumor persistente y adormecido.

Jorge lió un cigarrillo y muy tranquilamente, sin sentir el calor con su fresca camisa de algodón, sin chaleco, con el chaquetón de franela azul desabrochado y los ojos fijos en el techo, se puso a pensar en su viaje al Alentejo. Era ingeniero de minas y el día siguiente tenía que salir para Beja, para Évora y, más al sur, hasta Santo Domingo.

Aquel viaje en el mes de julio le contrariaba como un contratiempo, le afligía como una injusticia. ¡Qué pesadez en un verano! Tener que pasar días y más días sacudido constantemente por el trote de un caballo de alquiler a través de esos descampados del Alentejo que no se acaban nunca, recubiertos de renegridos rastrojos, agobiados bajo un sol de plomo, cruzados por el monocorde zumbido de los moscardones. Tener que dormir en medio de los encinares, en cuartos que huelen a adobe, oyendo alrededor, en la oscuridad de la noche tórrida, los gruñidos de las piaras de cerdos. ¡Y constantemente sentir que entra por las ventanas la humareda caliente de la quema de rastrojos! ¡Y estar solo!

Hasta entonces había estado prestando servicio en diversas comisiones del Ministerio. Era la primera vez que se separaba de Luisa, y se abismaba ya en nostalgias de aquel comedorcito que él mismo había ayudado a empapelar en vísperas de su boda y donde, tras las felicidades de la noche, sus almuerzos se prolongaban en agradables perezas.

Mientras se acariciaba la fina y corta barba, muy rizada, sus ojos se iban deteniendo amorosamente en aquellos muebles y objetos de los tiempos de su madre; el

aparador encristalado, que encerraba resplandecientes bandejas y cubiertos de plata; el viejo cuadro al óleo, tan querido, que había visto desde pequeño y en el que apenas se distinguían, en un fondo agrietado, los tonos rojizos de la panza de cobre de una cacerola y los rosados de un manojo de rábanos. Enfrente, en la otra pared, colgaba el retrato de su padre; éste vestido a la moda de 1830; tenía la cara redonda, los ojos brillantes y la boca sensual; sobre su abotonado frac brillaba la encomienda de Nuestra Señora de la Concepción. Había sido un viejo funcionario del Ministerio de Hacienda, hombre divertido y gran tocador de flauta. Jorge no llegó a conocerle, pero su madre le aseguraba «que al retrato sólo le faltaba hablar». Allí, en aquella casa, él siempre había vivido con su madre, que se llamaba Isaura y era alta, de nariz afilada y muy aprensiva; en las comidas, la buena señora sólo bebía agua templada. Un día, al volver de la adoración en la iglesia de la Gracia, se murió de repente, sin decir ni pío.

Físicamente, Jorge no se había parecido nunca a ella. Siempre había sido muy fuerte y de costumbres viriles. Tenía la admirable dentadura de su padre, sus anchos hombros. De su madre había heredado la placidez, el carácter sosegado. Cuando era estudiante en la Politécnica, se retiraba a su casa a las ocho de la tarde, encendía su candelabro de latón y abría sus compendios. No frecuentaba cafés ni era noctámbulo. Sólo dos veces por semana, y con la mayor regularidad, iba a ver a una joven costurera, llamada Eufrasia, que vivía en el Borratem y que en los días en que «el Brasileño», su hombre, se iba a jugar al *boston* en el club, le recibía a él con gran cautela y con palabras exaltadas. Era graciosilla y en su cuerpecito, grácil y delgado, se adivinaban siempre algunas décimas de fiebre. Jorge la encontraba «romántica» y la

censuraba. Él nunca había sido sentimental. Sus condiscípulos, que leían suspirando a Alfredo de Musset y que hubieran sido felices amando a Margarita Gautier, le llamaban «prosaico burgués»; Jorge se reía. Nunca le faltaba un botón de la camisa, era muy atildado y correcto, admiraba a Luis Figuier, a Bastiat y a Castilho, tenía horror a las deudas y se sentía feliz.

Cuando su madre murió, Jorge empezó a sentirse solo. Fue en el invierno, y, en aquellos días tan crudos, su cuarto, situado en la parte trasera de la casa, al sur, poco resguardado, recibía las fuertes rachas de viento que se precipitaban tristes y ululantes contra su ventana. Sobre todo por la noche, cuando estaba inclinado sobre su compendio, con los pies quietos sobre la basta estera, le sobrevenían profundos ataques de lánguida melancolía. Entonces tendía los brazos con el pecho rebosante de un deseo: quería estrechar una cintura delicada, fina y suave, oír en la casa el frufrú de un vestido. Decidió casarse. Por aquel tiempo conoció a Luisa, en el Paseo, un verano por la noche. Se enamoró de ella por su cabellera rubia, por su modo de andar y por sus ojos, castaños y muy grandes.

Al invierno siguiente obtuvo su título y se casó. Sebastián, su amigo íntimo, el buen Sebastián, Sebastianón, dijo moviendo apesadumbradamente la cabeza y restregando lentamente una mano contra otra:

–¡Se ha casado en el aire! ¡Se ha casado un poco en el aire!

Pero Luisa, Luisita, salió muy buena dueña de casa y muy ordenada, resultando además limpia y alegre como un pajarito, y, como un pajarito también, amiga del nido y de las caricias del macho, por lo que aquella criatura rubia y deliciosa dio a la casa un encanto lleno de seriedad.

–¡Es un ángel lleno de dignidad! –decía entonces Sebastián, el buen Sebastián, con su profunda voz de bajo.

Ya hacía tres años que estaban casados. ¡Qué bien les había ido! Él había mejorado; se encontraba más inteligente y más alegre... Y pensando en aquella existencia tan agradable y fácil, soplaba hacia arriba el humo de su cigarro, con las piernas estiradas, dilatada el alma y sintiéndose tan bien en la vida como en su chaquetón de franela.

–¡Ah! –exclamó Luisa de pronto, llena de asombro, sonriente y señalando el periódico.

–¿Qué pasa?

–¡Que llega el primo Basilio!

Y en seguida leyó en voz alta:

–«Próximamente llegará a Lisboa, desde Burdeos, don Basilio de Brito, muy conocido de nuestra sociedad. Como es sabido, el ilustre viajero, que marchó al Brasil años atrás, haciendo allí su fortuna con un honrado trabajo, viaja por Europa desde el pasado mes de enero. Su regreso a la capital ha causado verdadero júbilo a sus amigos, que son numerosos.» ¡Sí que lo son! –dijo Luisa muy convencida.

–Le aprecio mucho... –añadió Jorge arrojando una bocanada de humo, a la vez que se pasaba la mano por la barba–. Y vuelve con fortuna, ¿eh?

–Así parece.

Miró los anuncios, tomó un sorbo de té, se levantó y fue a abrir una de las hojas del balcón.

–¡Ay, Jorge, qué calor hace ahí fuera, santo Dios! –dijo pestañeando bajo la radiante luz cegadora.

El comedor, situado en la parte trasera de la casa, daba sobre un terreno abandonado, cercado por una valla baja, lleno de yerbas altas y de una vegetación silvestre. Por todas partes, en medio del calcinado herbazal, brillaban grandes piedras bajo el sol perpendicular, y una higuera salvaje, sola en medio de aquel terreno, ex-

tendía su grueso ramaje inmóvil que, en la blancura de la luz, parecía del oscuro color del bronce. Más allá se divisaba también la parte trasera de otras casas; terrazas; ropas que se secaban tendidas sobre cañas; los muros blancos de los huertos; unos árboles delgados... Una espesa polvareda empañaba, oscurecía el aire luminoso.

–¡Se asan los pájaros! –dijo ella cerrando el balcón–. ¡Mira que tener que ir ahora al Alentejo!

Se sentó en un brazo del sillón de Jorge, le pasó suave y lentamente la mano por el pelo, negro y rizado. Jorge la miró, ya con la tristeza de la separación. Los dos primeros botones de su bata estaban desabrochados; se le veía el comienzo del pecho, de una delicada blancura, y el encaje de la camisa. Muy castamente, Jorge la abrochó.

–¿Y mis chalecos blancos? –dijo.

–Supongo que estarán en seguida.

Para asegurarse llamó a Juliana.

Hubo un rumor dominguero de faldas almidonadas y entró Juliana abrochándose nerviosamente el collar. Tendría unos cuarenta años y era delgadísima. Sus menudas facciones, cansadas, tenían la palidez, el tono bajo que denuncia las enfermedades del corazón. Sus grandes ojos hundidos se movían inquietos, curiosos, con ramalazos de sangre, entre los párpados, ribeteados por la línea rojiza. Usaba una cofia de seda que le agrandaba la cabeza enormemente. Tenía un tic en las aletas de la nariz. Y el vestido, aplastado sobre el pecho, corto de vuelos, hinchado por el almidón, dejaba ver un pie pequeño, bonito, muy ajustado por unas botitas de raso con las punteras de charol.

Los chalecos no estarían en seguida, dijo con tono muy lisboeta; aún no había tenido tiempo de almidonarlos.

–¡Con la cantidad de veces que se lo he dicho, Juliana! –exclamó Luisa–. Bueno, puede retirarse... Y vea

cómo se las arregla... ¡Los chalecos tienen que estar en la maleta esta misma noche!

Y apenas hubo salido:

–¡Estoy cogiendo odio a esta criatura!

Hacía dos meses que la tenía en su casa y no había podido acostumbrarse a su fealdad, a sus gestos, a su manera aflautada de decir determinadas palabras, a su modo de arrastrar un poco las erres, al ruido de sus tacones, reforzados con unas laminillas de metal; y los domingos le ponía los nervios de punta verle aquella cofia, la presunción de su calzado y los guantes de cabritilla negra.

–¡Qué antipática!

Jorge reía:

–¡Pobre criatura de Dios! ¡Es una almidonadora admirable! En el Ministerio examinan mis pecheras con verdadero asombro. Julián dice, y tiene razón, que yo no voy almidonado, que voy esmaltado. No es simpática, no, pero es limpia y juiciosa...

Y levantándose con las manos en los bolsillos de sus largos pantalones de franela:

–Y en fin, hija mía, no nos olvidemos de lo bien que se portó durante la enfermedad de tía Virginia... ¡Fue un ángel para ella! –repitió solemnemente–. ¡De día y de noche fue un ángel para ella! ¡Tenemos una deuda con la pobre, hija mía! –y comenzó a liar un cigarrillo con la cara muy seria.

Luisa, callada, hacía saltar con la punta de la zapatilla el borde de la bata; y mirándose fijamente las uñas, con el entrecejo un poco fruncido, dijo:

–Bueno, si me enfado con ella no me importa... La cosa tiene arreglo. Con despedirla, todo queda solucionado en seguida.

Jorge se detuvo, y mientras encendía un fósforo en la suela del zapato, le replicó:

–Eso será si yo lo consiento, rica. Se trata por mi parte de una cuestión de agradecimiento...

Se quedaron callados. El cuco dio las doce.

–Bueno, tengo que irme a la calle –dijo Jorge. Se acercó a ella y le cogió la cabeza entre las manos—. ¡Viborilla! –le dijo en voz baja, mirándola cariñosamente.

Ella rio y levantó hacia él sus magníficos ojos castaños, luminosos y afables. Jorge se enterneció y le dio en los párpados dos sonoros besos. Luego, pellizcándole la mejilla cariñosamente:

–¿Quieres algo de fuera, mi vida?

Que no volviese tarde.

Sólo iba a dejar unas tarjetas. Iría en un vuelo, tomaría un simón...

Y salió feliz, cantando con su hermosa voz de barítono:

Dio del oro,
del mundo signor.
La la ra, la ra...

Luisa se desperezó. ¡Qué pesadez tener que vestirse! Le gustaría estar en una bañera de mármol rosa, con agua tibia y perfumada... Adormecerse... O, tumbada en una red de seda, con los balcones cerrados, mecerse oyendo música... Se quitó una zapatilla y se quedó mirando amorosamente su pequeño pie, blanco como la leche, con delicadas venas azules, mientras pensaba en una infinidad de cosas: en las medias de seda que quería comprar, en la comida que prepararía a Jorge para el viaje, en los tres pañuelos que había perdido la lavandera...

Volvió a desperezarse, y caminando descalza y de puntillas, fue a buscar al aparador, tras una compotera, un libro muy manoseado. Luego se dejó caer en el an-

cho sillón de cuero y casi echada, acariciándose nuevamente la oreja, comenzó a leer, toda interesada.

Era *La dama de las camelias*. Leía muchas novelas. Estaba suscrita a una biblioteca circulante. De soltera, a los dieciocho años, se había entusiasmado con Walter Scott y con Escocia. Entonces deseaba vivir en alguno de aquellos castillos escoceses que alzan sobre las ojivas los escudos de la estirpe; que están amueblados y adornados con arcas góticas y trofeos de guerra, que tienen los gruesos muros cubiertos con grandes tapices donde están bordadas leyendas heroicas que el viento del lago agita y vivifica. Ella había amado a Ervandalo, Morton e Ivanhoe, tiernos y graves, que llevaban en su gorro una pluma de águila, prendida a un lado con un cardo escocés hecho de diamantes y esmeraldas. Pero era lo «moderno» lo que le cautivaba, era París, sus muebles, sus sentimentalismos. Se reía de los trovadores, se exaltaba con míster De Camors, y se figuraba a los hombres ideales vestidos de frac, en los grandes salones de baile, con magnéticas miradas y pronunciando frases sublimes. Hacía ya una semana que se interesaba por Margarita Gautier, y su desgraciado amor le producía una imprecisa melancolía. La veía alta y delgada, envuelta en su amplio chal, con los negros ojos llenos de la avidez de la pasión y de los ardores de la tísica; incluso en los nombres de los personajes –Julia Duprat, Armando, Prudencia– encontraba el sabor poético de una vida intensamente amorosa. Y todo aquel mundo se agitaba como movido por una música triste, con cenas, noches delirantes, apuros económicos, días melancólicos, cuplés, etc., cuando en las avenidas del Bois, bajo un cielo gris y elegante, cae silenciosamente la primera nieve...

–Hasta luego, Zizi –gritó Jorge desde el corredor, cuando ya salía.

–Oye, ven...

Él llegó con el bastón debajo del brazo, poniéndose los guantes.

–No vengas tarde, ¿eh? Atiende, por favor. Tráeme unos pasteles de Baltresqui para doña Felicidad. Oye, y si pasas por casa de madame François, que me mande el sombrero. Escucha...

–¿Y qué más, Señor?

–Nada más. Había pensado que pasaras por la librería para que me enviasen más novelas... Pero está cerrado.

Con dos lágrimas temblándole en las pestañas, acabó la lectura de *La dama de las camelias.* Y casi tendida en el hondo sillón, quitándose la película de las uñas, se puso a cantar con voz baja y dulce el aria final de la *Traviata*:

Addio del passato...

De pronto se acordó de la noticia del periódico: la llegada del primo Basilio...

Una suave sonrisa le dilató los labios, rojos y gordezuelos. ¡El primo Basilio había sido su primer amor! ¡Entonces tenía ella dieciocho años! Nadie lo sabía, ni Jorge, ni Sebastián...

Fue cosa de chiquillos. A veces, ella misma se reía recordando las tiernas bobadas de entonces, las exageradas lágrimas. Probablemente, el primo Basilio estaría muy cambiado. Le recordaba perfectamente: alto, delgado, con aire de hidalgo, el bigotito negro y levantado, la mirada atrevida y una manera característica de meterse las manos en los bolsillos del pantalón, haciendo tintinear el dinero y las llaves. «Aquello» había comenzado en Sintra, durante las largas y alegres partidas de billar que se jugaban en la quinta del tío Juan de Brito, en Colares.

Basilio había llegado por entonces de Inglaterra y venía muy chic. Usaba corbatas rojas, que prendía con un alfiler de oro, y trajes de franela blanca; causaba admiración en Sintra.

Luisa recordaba aquella sala de la parte baja que tenía un aire nobiliario, de mayorazgo; la gran puerta vidriera que se abría sobre el jardín, al que se bajaba por tres escalones de piedra. Alrededor del surtidor había granados; allí él recogía flores rojas. El ramaje verde oscuro y pulido de los arbustos de las camelias trazaba senderos de sombra. El sol centelleaba, temblaba en el agua del estanque; dos tórtolas, encerradas en una jaula de mimbre, se arrullaban dulcemente, y, en el silencio aldeano de la quinta, el golpe seco de las bolas de billar producía un ruido aristocrático.

Después se sucedieron todos los episodios clásicos de los amores lisboetas pasados en Sintra; los paseos por Sitiais a la luz de la luna, caminando lentamente sobre la pálida yerba, con largos y silenciosos descansos en el Penedo da Saudade, la contemplación del valle desde allí, de las lejanas arenas, iluminadas por una luz nostálgica, idealizadora y blanca; las horas del calor pasadas a la sombra de la Peña Verde, oyendo el rumor fresco y continuo de las aguas entre las piedras; los atardeceres en el llano de Colares, remando en un viejo bote sobre el agua oscurecida por la sombra de los fresnos... ¡Y cuánto se reían cuando encallaban entre las altas yerbas y su sombrero de paja se enganchaba en las ramas bajas de los chopos!

¡A ella siempre le había gustado mucho Sintra! Nada más llegar a las oscuras y rumorosas arboledas del Ramalhão se llenaba de una feliz melancolía...

Entonces ella y el primo Basilio tenían mucha libertad. Su madre, la pobre, vigilaba; pero, reumática y

egoísta los dejaba alejarse un poco, sonreía, dormitaba: Basilio entonces era rico, le llamaba tía Jojo, le regalaba paquetitos de caramelos...

Llegó el invierno y aquel amor se cobijó en la vieja sala de paredes empapeladas de color «sangre de toro», en la calle de la Magdalena. ¡Qué buenos ratos habían pasado allí! La madre roncaba débilmente, con los pies envueltos en una manta y un volumen de *La biblioteca de las damas* caído sobre el regazo. ¡Y ellos qué juntitos y felices en el sofá! ¡El sofá! ¡Cómo lo recordaba! Era estrecho y bajo, forrado de algodón claro, con una franja en medio, bordada por ella, en la que se destacaban unos amorcillos amarillos y rojos, sobre un fondo negro. ¡Pero un día llegó el «final»! Juan de Brito, que formaba parte de la firma Bastos & Brito, quebró. La casa del Almada y la quinta de Colares fueron vendidas.

Basilio era ya pobre y se marchó al Brasil. ¡Qué días tan tristes aquéllos! Los primeros se los pasó sentada en el querido sofá, ahogando sollozos, con la fotografía de él entre las manos. Luego llegaron las alegrías de las cartas esperadas con ansiedad, las preguntas en las ventanilla de Correos cuando se retrasaban los paquetes...

Pasó un año, y una mañana, después de un largo silencio de Basilio, recibió de Bahía una extensa carta que comenzaba así: «Lo he meditado mucho y creo que debemos considerar nuestra inclinación como una cosa de chiquillos...».

Se desmayó. Basilio mostraba un gran dolor en dos hojas llenas de explicaciones: que aún seguía pobre; que tendría que luchar mucho antes de tener lo suficiente para los dos; que el clima era horrible; que no quería sacrificar a su pobre ángel... En fin, la llamaba «paloma», firmaba con nombre y apellido y hacía una rúbrica muy complicada.

Vivió entonces en la mayor tristeza durante muchos meses. Era invierno, y, sentada por dentro del balcón, tras los cristales, bordaba con lana y, desilusionada, pensaba encerrarse en un convento, mientras seguía con una mirada melancólica los mojados y goteantes paraguas que cruzaban ante ella bajo la furia del chaparrón; o, sentándose al piano, al anochecer, cantaba con Soares de Passos:

¡Ay, adiós! Se acabaron los días
en que dichoso yo viví a tu lado...

O cantaba el final de la *Traviata* o el fado de Vimioso, tristísimo, que él le había enseñado.

Por entonces el catarro crónico de la madre se agravó y llegaron los sustos y las noches en claro. En la convalecencia se fueron a Belas, donde se hizo muy amiga de las Cardoso, dos hermanas muy delgadas, algo locas y muy altas, siempre una pegada a la otra y que caminaban con un trotecillo monótono. Parecían una pareja de galgos. ¡Jesús, cuánto se reían! ¡Y cuánto hablaban de los hombres! Un teniente de artillería se enamoró de ella. Torcía la vista, le envió unos versos que titulaba *Al lirio de Belas:*

Sobre la cuesta del monte
crece el lirio virginal...

Aquel tiempo fue alegre y la llenó de consuelo.

Cuando regresaron, en el invierno, ella había engordado y tenía muy buen color su cara. Y un día, habiendo encontrado en el fondo de un cajón una fotografía que, al principio, le envió Basilio desde Bahía y en la que él estaba con pantalones blancos y un sombrero de panamá, se la quedó mirando y se encogió de hombros:

–¡Y pensar en lo que he pasado por este tipo! ¡Qué boba!

Habían pasado ya tres años cuando conoció a Jorge. Al principio no le gustó mucho. No le agradaban los hombres con barba. Después observó que se trataba de una barba fina, cuidada, corta, muy suave seguramente. Comenzó a admirar sus ojos y la lozanía de su piel, y, sin amarle, sentía junto a él como una debilidad, como una sumisión, como un abandono, y el deseo de adormecerse apoyada en su hombro y de quedarse así muchos años, agradablemente y sin temor a nada. ¡Qué sensación le produjo cuando él le dijo: «Vamos a casarnos»! Se imaginó en seguida aquel rostro barbado, con los ojos muy brillantes, descansando en la misma almohada que el suyo, muy cerca uno del otro. Se puso colorada. Jorge le había cogido la mano y ella sentía que el calor de aquella palma ancha la penetraba, tomaba posesión de ella. Le dijo que «sí», se quedó como boba y sintió que bajo su vestido de fina lana se le dilataban dulcemente los pechos. ¡Por fin, se casaba! ¡Qué alegría, qué descanso para su mamá!

Se casaron a las ocho de una mañana de niebla. Fue necesario encender la luz para colocarle la corona y el velo de tul. Aquel día todo les parecía nebuloso también, sin contornos, como un sueño lejano, en el que se destacaba la cara redonda y amarillenta de su padre y la figura terrible de una vieja que tendía la mano exigente y abierta con ansiedad colérica, lanzando maldiciones cuando a la puerta de la iglesia Jorge, emocionado, repartió algunas monedas. Los zapatos de raso le apretaban. Sintió náuseas a causa de la alteración de aquella madrugada y hubo que hacerle una taza de té muy cargada. ¡Y por la noche se encontró cansadísima en aquella casa nueva, tras deshacer los baúles! Cuando Jorge,

con un soplo tembloroso, apagó la vela, ante sus ojos brillaban chiribitas.

Pero aquél era su marido, y joven, fuerte y alegre; se puso a adorarle. Tenía una constante curiosidad por todo lo que se relacionase con él y con sus cosas. Le revolvía el cabello, la ropa, las pistolas, los papeles... Miraba mucho a los maridos de las otras, los comparaba, tenía orgullo de él.

Jorge la rodeaba de delicadezas de amante, se arrodillaba a sus pies, era muy mimoso. Y siempre estaba de buen humor, tenía gracia, pero en las cosas que afectaban a su profesión o a su dignidad, era de un rigor extremado y ponía en sus palabras y actitudes una solemnidad muy severa. Una amiga suya, muy novelera, que en todo veía en seguida un drama, le había dicho que era un hombre capaz de darle una puñalada. Ella, que aún no conocía bien el plácido temperamento de Jorge, se lo creyó, lo que exaltó más su amor. Para ella él lo era todo: su fuerza, su fin, su destino, su religión, su hombre... Se puso a pensar en lo que habría sucedido si se hubiese casado con su primo Basilio. ¡Qué desgracia! ¿Dónde estaría? Y se perdía en suposiciones de otro destino que iban desfilando ante ella como decorados teatrales: se veía en el Brasil, entre cocoteros, meciéndose en una red tendida entre dos árboles, cercada de negritos, contemplando el vuelo de los papagayos.

–Está ahí doña Leopoldina –le dijo Juliana, entrando. Luisa, sorprendida, se puso de pie.

–¿Cómo! ¿Doña Leopoldina? ¿Por qué la ha mandado pasar?

Se abotonó la bata a toda prisa. ¡Jesús! ¡Si Jorge lo supiera! Él le había dicho muchas veces «que no quería verla en su casa». ¡Pero si la pobre estaba ya en la sala!...

–Está bien. Dígale que voy.

Era su amiga íntima. De solteras, habían sido vecinas en la calle de la Magdalena y también habían estudiado en el mismo colegio, con Rita Pessoa, la coja. Leopoldina era hija única del vizconde de Quebrais, el libertino degenerado que había sido paje de don Miguel. Había hecho una mala boda con un tal Juan Noronha, empleado de la aduana. A ella la llamaban «la Quebrais». También la llamaban «Pan y Queso». Se sabía que tenía amantes y se decía que también vicios. Jorge la odiaba y había dicho a Luisa muchas veces: «¡Todo, menos Leopoldina!».

Leopoldina tenía entonces veintisiete años. No era alta, pero pasaba por ser la mujer de mejor tipo de toda Lisboa. Usaba siempre unos vestidos recogidos atrás, ajustados, tan ceñidos que modelaban su cuerpo como si fueran la piel; las faldas tampoco eran amplias. Se decía de ella, poniendo los ojos en blanco: «¡Es una estatua, una Venus!». Tenía unos hombros de modelo, con una redondez suave y llena; sus pechos se adivinaban, a través del corpiño, duros y armoniosos como dos bellas mitades de limón; la línea de sus nalgas, bonita y firme, y sus elásticos movimientos de cintura hacían volver la cabeza a los hombres, con las miradas encendidas. La cara era algo basta; tenía las aletas de la nariz demasiado carnosas; en su piel, muy fina, morena clara y sonrosada, había desvanecidas señales de antiguas viruelas. Lo más hermoso de su rostro eran los ojos, de un negro intenso, húmedos, rasgados, con grandes pestañas.

Luisa corrió hacia ella con los brazos abiertos y se besaron repetidas veces.

Leopoldina, sentada en el sofá y enrollando lentamente la seda clara de su sombrilla, comenzó a quejarse: había estado enferma, muy abatida, con mareos. El calor

la mataba. ¿Y qué había sido de su vida? La encontraba más gorda.

Como era un poco corta de vista para asegurarse de lo que veía entornaba los ojos, entreabriendo los carnosos labios de un rojo cálido.

–La felicidad lo da todo, hasta el buen color... –dijo sonriendo.

Lo que la había llevado allí era preguntarle la dirección de la francesa que le hacía los sombreros. ¡Cuánto tiempo hacía que no se habían visto! Le causaba pena que pasaran tanto tiempo sin verse...

–No puedes imaginarte el calor que hace... ¡Vengo muerta!

Y se echó hacia atrás, sobre el blando respaldo del sofá, tranquila ya, con una amplia sonrisa, mostrando los dientes, grandes y blancos.

Luisa le dio la dirección de la francesa y le dedicó algunos elogios; no era muy carera y tenía buen gusto. Como la sala estaba oscura, fue a entreabrir un poco las maderas del balcón. El color de sillones y cortinas era el verde oscuro. También en el papel de las paredes y en la alfombra predominaba la misma tonalidad; en aquella ornamentación sombría se destacaban mucho los grandes marcos dorados de dos grabados –*Medea,* de Delacroix, y *La mártir,* de Delaroche–, la encuadernación en rojo de dos grandes volúmenes de Dante, ilustrados por Gustavo Doré, y entre los dos balcones, un espejo oval en el que se reflejaba un napolitano de *biscuit* que, sobre la consola, bailaba una tarantela.

En la pared, sobre el sofá, colgado el retrato al óleo de la madre de Jorge. Estaba sentada, vestida elegantemente de negro, erguida en su tieso y severo corpiño. Una de sus manos, lívida y sobrecargada de sortijas, descansaba sobre una rodilla; la otra se perdía entre los ricos encajes

de una manteleta de seda. Y toda la esbelta y macilenta figura de grandes ojos negros destacaba sobre un cortinón rojo, recogido en amplios pliegues que dejaba ver a lo lejos un cielo azul y redondas copas de árboles.

–¿Y tu marido? –preguntó Luisa a Leopoldina, sentándose muy cerca de ella.

–Como siempre. Poco divertido –contestó riéndose. Luego añadió, con gesto serio y el entrecejo ligeramente fruncido–: ¿Sabes que acabé con Mendonça?

Luisa se puso levemente colorada.

–¿Sí?

Leopoldina, en seguida, le dio detalles.

Era muy indiscreta, hablaba mucho de sí misma, de sus impresiones, de su alcoba, de sus cuentas. Nunca había tenido secretos para Luisa, y en su necesidad de hacer confidencias, de disfrutar de la admiración de ella, le describía a sus amantes. Lo que ellos pensaban, sus maneras de amar, sus tics nerviosos y su ropa, haciendo grandes exageraciones. Aquello resultaba muy picante, así cuchicheado en el sofá y entre risitas. Luisa solía escucharlo muy interesada, con las mejillas un poco encendidas, asombrada, saboreándolo con aire beato. ¡Lo encontraba tan curioso!

–¡Esta vez sí que puedo decir que me equivoqué, hija mía! –exclamó Leopoldina, levantando los ojos desoladamente.

Luisa se rio.

–¡Tú te equivocas casi siempre!

¡Era verdad! ¡Era una desdichada!

–¿Y qué quieres que haga, chica? Todas las veces pienso que se trata de una verdadera pasión, pero siempre me resulta una pesadez...

Y añadió, golpeando la alfombra con la contera de la sombrilla:

–Pero si un día acierto...

–A ver si tienes suerte –dijo Luisa–. ¡Ya va siendo hora!

En su interior consideraba a Leopoldina «una indecente», pero tenía un punto flaco al juzgarla: siempre había admirado mucho la belleza de su cuerpo, que casi le inspiraba una especie de atracción física. Además la disculpaba: ¡Era tan desgraciada con el marido! ¡La pobre buscaba un gran amor! Y esta palabra deslumbrante y misteriosa, de la que se desborda la felicidad como el agua de una copa rebosante, tranquilizaba a Luisa y le daba motivos para hallar una justificación satisfactoria: su amiga casi le parecía una heroína. Entonces la miraba con asombro, como se mira a los que llegan de hacer un viaje maravilloso y difícil, lleno de episodios emocionantes. Lo que no le gustaba era el olor a tabaco, mezclado con el perfume de heno que siempre tenían sus vestidos. Leopoldina fumaba.

–¿Y qué ha hecho él, tu Mendonça?

Leopoldina se encogió de hombros despectivamente:

–Me escribió una carta muy tonta diciendo que, al fin y al cabo, pensándolo bien, era mejor que todo acabase, porque él no quería meterse en camisa de once varas. ¡Qué imbécil! Creo que tengo aquí la carta.

Buscó en el bolsillo del vestido: sacó el pañuelo, una carterita, llaves y una cajita de polvos de arroz, pero sólo encontró un programa del Price.

Entonces se puso a hablar del circo.

¡Bah! Un aburrimiento. Lo mejor era un joven que trabajaba en el trapecio. ¡Guapo muchacho, bien proporcionado, perfecto!

Y de pronto:

–¿De modo que llega tu primo Basilio?

–Eso he leído hoy en el *Diário de Notícias*. ¡Me ha dejado pasmada!